

**GÉNERO Y
COMUNICACIÓN
2008**

*BREVE RECORRIDO HISTÓRICO HASTA LA FORMULACIÓN
DE LOS ARQUETIPOS DE MUJER EN LA MITOLOGÍA GRIEGA*

*BREVE
RECORRIDO HISTÓRICO
HASTA LA FORMULACIÓN
DE LOS ARQUETIPOS DE MUJER
EN LA MITOLOGÍA GRIEGA¹*

¹ Este breve estudio está pensado como premisa para poder luego mejor valorar la deconstrucción que Alda Merini hace del mito de Euridice - Orfeo en su poética.

PREMISAS

Antes de empezar nuestro estudio tenemos que aclarar unos puntos para que nos resulte más sencilla la comprensión de los pasajes que iremos viendo. Son aclaraciones indispensables; uno de los motivos reside en el hecho que muchas veces damos por sentado el significado de algunas palabras, o algunos pasajes de la historia o de la prehistoria sin que pongamos en tela de juicio los criterios de la sociedad patriarcal y monolítica que nos ha generado y que ha creado nuestro campo cognitivo.

En los días en los que he vuelto a manejar estos apuntes, he tenido la oportunidad de ver un cuadro sinóptico de las principales etapas de la historia de la humanidad: desde la prehistoria hasta nuestros días, es un esquema proporcionado por una gran editorial española de libros de texto para los I.E.S. del país, eso quiere decir que todo el alumnado que vea dicho esquema y tenga que estudiarse los libros de los que se ha extraído dicho cuadro sinóptico, tendrá la misma formación patriarcal donde se deduce que la mujer nunca ha existido en los grandes momentos de la humanidad.

Además que poner en tela de juicio tal planteamiento y darnos cuenta que la historia del hombre nunca ha significado la historia de los dos sexos, intentaremos ver que ésta también es una profunda mentira. Para explicarme más me voy a permitir poner el ejemplo que todos los días tenemos delante de nuestros ojos: los grandes mapas mundiales de proyección cilíndrica de Mercator, donde las medidas de los continentes quedan completamente falseadas, europicéntricas. Otra cosa es aproximarse a los mapas de proyección de Goode, la proyección homolosena, que no deforma los continentes (aunque sí las distancias entre ellos). Se tiene otra visión del mundo, otra visión de las medidas de los países ricos y de las consecuentes conclusiones sobre la distribución demográfica, la de las riquezas, la de las deudas históricas, etc.

De la misma forma, si pudiéramos tener unos mapas históricos reales de las etapas de la humanidad, es decir, con relación al tiempo que verdaderamente y proporcionalmente ha transcurrido en las distintas grandes fases, nos daríamos cuenta que la mujer no siempre ha estado siempre encarcelada, relegada al ámbito de la vida privada, sin tener acceso a la vida pública, y que la sociedad no siempre ha girado alrededor del hombre. Pero estos son temas que iremos aclarando y descubriendo poco a poco, recorriendo los debidos pasos lógicos – históricos.

Aclaraciones metodológicas:

1) Como ya hemos empezado a ver, tenemos la tendencia a creer que la mujer fue tratada como un ser inferior desde el origen de nuestra especie. Miramos hacia atrás con el lastre de la cultura patriarcal que se ha desarrollado en los últimos siglos. Con De Martino y Bruzzese decimos que “Sería importante llegar a comprender el papel desempeñado por las mujeres en la elaboración de la mitología, en la griega en particular” (Giulio De Martino, Martina Bruzzese: 1996,18). Aún más, me parece oportuno afirmar, parafraseando a los dos autores mencionados que sería importante llegar a comprender el papel desempeñado por las mujeres en la construcción de la historia de la humanidad, en sus pasajes más importantes, desde el ‘homo sapiens sapiens’ en adelante (el descubrimiento del fuego, de la agricultura, de la monogamia, de los primeros asentamientos humanos y así sucesivamente). Y sobre todo tener la capacidad de leer-interpretar los documento prehistóricos e históricos produciendo un puro proceso hermenéutico. El mismo proceso que nos han enseñado los exegetas para intentar interpretaciones lo más próximas posibles al significado primitivo del momento en que un libro, o una frase, se escribió. Y, liberándonos de los prejuicios de la historia actual, intentar una reconstrucción de los datos primitivos.

2) El sistema actual se ha ido forjando tan solo tras unos pocos milenios de cultura patriarcal, con desarrollos míticos y religiosos que han excluido a la mujer del espacio público (más o menos 4.000 – 3.000 años). Para intentar averiguar qué pudo haber sucedido antes y en este pasaje temporal sólo podemos basarnos en los hallazgos arqueológicos disponibles, y en estudios antropológicos fundamentados en el análisis y comparación de todas las culturas primitivas que han sobrevivido hasta nuestra época. En este espacio temporal, como dice Lidia Storoni Mazzolani, “Todo lo que sabemos sobre la mujer lo han dicho los hombres: si hacemos una excepción por Safo, en el mundo antiguo no hay mujer que se haya expresado por sí misma en la Literatura, en el Arte, en el pensamiento; solamente en el siglo V d. de C. encontramos en África una filósofa neo-platónica, Ipazia, que fue masacrada por los cristianos. El hombre siempre ha representado a la mujer no tanto como era ella, pues ni se preocupaba por saberlo, sino más bien la ha representado como él quería que ella fuera, y temía que fuera.” (Lidia Storoni Mazzolani: 1997, 79).

Hay además que tener en cuenta que, cosa aun más problemática, el hombre se ha definido siempre a sí mismo con la pretensión de definir los dos géneros. Lo cual se ha traducido, concretamente, en una elipsis total, una supresión total del mundo femenino.

3) Obviamente, en nuestra debida premisa, antes de poder hablar de la formación de los arquetipos de mujer en la primera genealogía de la mitología griega, debemos indagar en las raíces de dicho periodo histórico en el cual se han cristalizado las posiciones mujer – hombre, y basarnos en documentos de la pre-escritura, es decir, antes del descubrimiento de la escritura. Esto comporta una clara dificultad de lectura e interpretación de la historia. No tanto por el abanico de posibilidades interpretativas que los vestigios arqueológicos presentan, cuanto porque no conocemos los motivos que han empujado a la mujer-hombre a dejar esas trazas, esas pinturas...

4) Todo tipo de sedimentación cognitivo-cultural, (que averiguaremos en el curso de estas clases) llegó a provocar que los hombres, que fijaron los principales principios de la formulación del pensamiento (los filósofos griegos por ejemplo) se expresasen sin que su pensamiento ni siquiera pudiera ponerse nunca en tela de juicio. Situación que, hay que subrayar, no ha pasado con la escritura femenina; cuando a la mujer se le ha permitido escribir, ha sido para expresar el pensamiento masculino). Tomamos como ejemplo Aristóteles cuyo pensamiento ha sido una de las bases del procedimiento de pensar del mundo occidental. Sus ideas no han sido cuestionadas, ni mucho menos pormenorizadas, sino que han sido, sin embargo, difundidas considerándolas como ‘fuente de pensamiento cierto’.

Afirma Aristóteles en su tratado *De Generatione Animalium*: “Al igual que los hijos de padres mutilados nacen unas veces mutilados y otras no, también los hijos nacidos de mujer son a veces mujeres y otras, en cambio, varones. La mujer es, y siempre ha sido, un varón mutilado, y la *catatemia* [es decir la ‘carga femenina’ aportada a la procreación] es semen sólo que no en estado puro; hay una sola cosa que no se puede encontrar en ellas: el principio del ánimo”.

Este tipo de pensamiento no era algo limitado al pensamiento sobre las mujeres. En *Ethica*, de hecho podemos leer que “un hijo o un esclavo son propiedad y nada de lo que se hace con la propiedad es injusto”. Obviamente la mujer era algo considerado como propiedad junto a los hijos o a los esclavos.

De todas maneras, hay que aclarar que Aristóteles lo único que hizo fue recoger lo que era praxis en su sociedad y darle un marco justificativo, diríamos, científico. Lástima que su pensamiento, como los pensamientos de los hombres en general, fue adoptado, aumentado y deformados por los más influyentes pensadores occidentales. Aristóteles recogió del pueblo de su tiempo el *modus vivendi* que se había implantado siglos antes, con la aparición del patriarcado. Él no fue artífice de un pensamiento discriminante entre hombre y mujer. Todo se había ya fraguado.

5) En general los antropólogos atribuyen al mito una función teórica: la capacidad de dar una descripción simbólica y explicativa de la realidad. Este punto para nosotros resultará muy importante cuando valoremos el nacimiento de los arquetipos de mujer en los mitos griegos. Este ‘acto’ de descripción simbólica y explicativa de la realidad, el mito lo realiza a través de la lógica de la metamorfosis, del cambio de las identidades. En este punto el mito difiere de la leyenda, que de hecho, es un relato sobre sucesos y personajes concretos (protohistoria).

6) Otra premisa fundamental que tenemos que tener presente en todo el desarrollo de lo que veremos es que toda organización social, sea prehistórica o sea moderna, precisa de dos mecanismos básicos de influencia y de control: el ‘poder’ y la ‘autoridad’.

No podemos alargarnos en las explicaciones (aunque lo merecería), pero resumiendo, podemos afirmar que la autoridad alude a la función ordenadora y típica de los que gobiernan. La autoridad confiere poder que podríamos definir como la posibilidad que tiene un sujeto (o un grupo) para forzar a otros usando medios coercitivos con el fin de alcanzar ciertos objetivos.

El poder lo detenta realmente quien o quienes controlan la producción y la distribución de los alimentos y de la riqueza que origina su excedente.

7) Y por último quiero aclarar uno de los sentidos de un tipo de estudio como éste. Personalmente, como hombre, creo que puedo contribuir, con mis medios, a una sociedad integral. Y creo que esto no es posible si, lo digo con palabras de Elena Simón, “no nos situamos de modo distinto al que lo hacemos al lado de los varones si, por nosotras mismas, no averiguamos quiénes somos y de dónde venimos, y si, de alguna manera, no podemos transmitir todo ello a la generación más joven. Hasta ahora han sido ellos los que nos han dicho cómo somos y lo que tenemos que hacer: somos heteroasignadas”.

Dice la Sagrada Escritura Judío – Cristiana (que tanta influencia ha engendrado en el pensamiento occidental): “En ella confía el corazón de su marido: nunca le faltará de nada. Ella le procura la dicha y no la desgracia todos los días de su vida. Hace acopio de lana y de lino, y trabaja con mano decidida. Es como la nave de un mercader: trae de lejos sus provisiones. Se levanta cuando aún es de noche y prepara la comida a los suyos. Piensa en un campo y lo adquiere, con el fruto de sus manos planta una viña. Ciñe con fuerza de caderas y mueve con vigor sus brazos. Sabe que su empresa prospera; su lámpara no se apaga de noche. Toma la rueca en sus manos... Confecciona colchas... Ella hace telas y las vende... Abre su boca con sabiduría, su lengua instruye con dulzura. Vigila el ajeteo de su casa, no come el pan ociosamente...” (Proverbios; 31,10).

Y Elena Simón comenta: “Dios o los hombres han ordenado nuestra vida y nos han situado donde estamos. Si no somos conscientes de todo esto, no podremos incidir en la transformación, estaremos reproduciendo el *status quo* con nuestro involuntario y pasivo consentimiento. Seguiremos siendo el segundo sexo, mermando nuestras posibilidades”.

Y una de las novedades de nuestra época, al menos para las mujeres occidentales, consiste en poder elegir la forma de vida, las relaciones y la forma de sustento.

Con Carmen Alboroch terminé diciendo que “Hemos de reconstruir nuestra genealogía y pactar entre nosotras – y también con ellos – para refundar una cultura común desde la paridad, sumando la experiencia de las mujeres”.

Terminada estas mínimas e indispensables premisas pasamos ahora a analizar el desarrollo de los roles hombre – mujer desde la etapa prehistórica.

HOMO SAPIENS SAPIENS: EL HOMBRE MADRERO

Es difícil contextualizar el hombre primitivo en las varias etapas que ha vivido. De vez en cuando hay descubrimientos que cambian los mapas cronológicos del desarrollo de la humanidad. Para empezar a situarme me baso en un artículo que he leído en un reciente viaje a Italia. Después del sugerente título "*Homo sapiens, el alba de la familia*"², así cita:

"El hombre es un incurable 'madrero'. Y lo es desde siempre. Por lo menos desde hace 160.000 años, como demuestra ahora una investigación publicada en la revista científica «Proceedings of the National Academy of Sciences». Ya desde entonces casi a la aurora del homo sapiens en la tierra, había en Jebel Irhoud, en Marruecos, niños que tenían tiempos de crecimientos muy similares a los nuestros actuales. (...) Ni siquiera abandonaban pronto la madre para vivir autónomamente. Los cuidaban y los nutrían, y su cerebro tenía el tiempo indispensable para aprender más y lograban formarse de manera muy elaborada. Y sabemos que para hacer todo esto se necesitaba una organización tanto familiar como social bastante compleja y sofisticada. Nunca hemos sabido cuándo exactamente el hombre ha desarrollado tal característica, pensábamos que en tiempos muy recientes, más o menos en los últimos 40 – 30.000 años. Sin embargo es esta una característica muy antigua. Ya los primeros Sapiens no solamente tenían formas parecidas a la nuestra, también el desarrollo corporal y una – aunque sea primitiva – vida social. Pues, de alguna forma ya eran modernos." (La Repubblica: 16.03.2007, 37).

Es evidente que, en este recién artículo aparece claro que las relaciones familiares más estrechas, duraderas y estructuralmente básicas para el colectivo son las conformadas entre cada madre y sus crías. El tejido social de las primitivas formas sociales humanas se fortalecía a través de las relaciones que debían mantener las hembras entre sí, a partir de los contactos lógicos e inevitables que establecen todas las criadas del grupo. En nuestro trayecto evolutivo es más que probable que, desde los primeros homínidos, la estructura familiar haya tenido una organización matricéntrica.

² L' homo sapiens, l' alba della famiglia.

Homo habilis (de 2.000.000 a 1.600.000 años)

El mujer-hombre ya empieza a utilizar los primeros instrumentos como, por ejemplo, hachas muy rudimentarias.

Con el Paleolítico estamos en la Edad de la Roca Madre: el tiempo de los orígenes, cuando la caverna era percibida por el pueblo de cazadores y de las recolectoras como útero materno del cual todo nace y al cual todo vuelve.

Durante al menos la mitad de nuestro proceso evolutivo de algo más de cuatro millones de años, la caza, con las armas de que se dispuso hasta hace relativamente poco (la prueba más antigua del uso de una lanza tiene sólo unos 400.000 años (Essex), y el arco y las flechas, las primeras armas realmente eficaces para un buen cazador, no sé inventaron hasta hace unos 30.000 años) fue una actividad azarosa y con resultados a menudo infructuosos, así que las comunidades dependían del trabajo de las hembras: la recolección de vegetales y la captura de animales de talla pequeña.

En estas sociedades recolectoras, así estructuradas, predomina una tendencia al igualitarismo entre los componentes de los dos sexos, entre sus. Hay también que subrayar que al no haber acumulación de excedentes, las propiedades son tan escasas que no pueden decantar diferencias de posición social apreciable.

Son comunidades matrilineales (sociedades donde los lazos de la descendencia se establecen a través de los lazos maternos y los miembros de cada linaje descienden de una misma antepasada) o matrilocales (es la costumbre que supone que el varón cuando se empareja, debe abandonar su residencia familiar para irse a vivir con los parientes de su mujer).

El siguiente paso en la evolución socioeconómica humana lleva el mujer-hombre a reunirse en sociedades horticultoras, es decir en sociedades donde se cuenta sólo con la ayuda de herramientas manuales. Son sociedades estas donde las mujeres mantuvieron su tradicional predominio en la producción de alimentos. Son etapas en las cuales la mujer recolectora observa la naturaleza y aprende las leyes de ella y aprende que no solamente se puede recolectar, también es posible cultivar algunas plantas: que, además de matar los animales, es posible cuidarlos y aprovecharse de algunos productos derivados de ellos.

La horticultura fue el normal desenlace de miles de años de observaciones de la mujer, pero parece cierto que los cambios medioambientales y el incremento demográfico exigieron un aumento de la producción de alimentos y demandaron una gradual incorporación del varón en las labores agrarias.

La mujer en la sociedad horticultora mantiene el predominio, pero las nuevas necesidades de una sociedad en aumento van sustituyendo el sistema organizativo matrilineal por el sistema patrilineal que puede competir con grupos vecinos en caso de competencia por la escasez de recursos y que favorece la extensión de las zonas de explotación agropecuaria y la expansión de las comunidades.

La adopción del sistema patrilocal se tradujo en la separación física de las mujeres emparentadas entre sí, empezándose a quedar como simple instrumento de producción al servicio de una familia ajena. La consecuencia fue que, las mujeres, conforme fueron perdiendo el control

de la producción de alimentos, comenzaron a verse más desprotegidas, disminuyendo sus derechos igualitarios. Las mujeres serían convertidas finalmente en un buen mueble, de gran importancia socioeconómica, eso sí, debido a su capacidad de procrear (aportando hijos-mano-de-obra a la familia paterna) y para trabajar en la manufactura de alimentos.

La gradual incorporación del varón a las labores agrarias para el control de la tierra y labores, donde se prevé una mayor fuerza física le proporciona nuevas posiciones en las sociedades agrícolas.

Por una parte el hombre, debido también a su mayor fuerza física, empezó a dedicarse a la domesticación de los animales, la irrigación artificial, el descubrimiento del arado exigió una cierta fuerza física para su utilización y obviamente resultó cada vez más importante la fuerza – trabajo, es decir, la presencia cada vez mayor de hijos.

Por otra parte empezó a ponerse de relieve la capacidad procreadora de la mujer, (es decir la producción de fuerza – trabajo) y junto a ella la labor de manufacturar los alimentos que darían la posibilidad, en principio, de sobrevivir en momentos de escasez y que luego empezaron a ser utilizados - almacenados como materia de intercambio.

Comienza una gradual separación de roles donde la mujer, debido a sus grandes descubrimientos, empieza a dedicarse al mundo privado y el hombre, al mundo público.

Este proceso llevó miles de años en completarse y comenzó a ocasionar una desigualdad entre los sexos que ha perdurado hasta hoy. La propia eficacia productiva de la mujer acabó siendo el motor de cambios socioeconómicos, inevitables al origen involuntario de la progresiva degradación social de las mujeres y del proceso del trasvase mítico que llevaría a sustituir la primitiva concepción de una divinidad femenina por otra masculina.

La diosa madre del Paleolítico (por lo menos 30.000 años, si nos basamos exclusivamente en los vestigios arqueológicos encontrados y 160.000 si nos basamos en el artículo referente a los últimos hallazgos de La Repubblica y entre los 2.000.000 y los 1.600.000 si nos basamos sobre las características del *homo habilis*), seguramente proyección de la experiencia vital matricéntrica del hombre primitivo, será sustituida con los dioses varones del Neolítico según como lo iremos viendo más adelante.

Homo sapiens (desde hace 10.000 años)

Desde el *homo habilis* hay que pasar a través del *homo erectus* (de 1 millón y 700.000 años a 250.000 años) que migró desde África hacia el norte y empezó a utilizar el fuego para calentarse y cocinar los alimentos y por el *homo neanderthalensis* (de 200.000 años a 24.000 años, que convivió con el *homo sapiens* por miles de años) que fue cazador y empezó el culto a los difuntos, para llegar al *homo sapiens*: el hombre agricultor.

En el Neolítico nos situamos en la Edad de la Tierra Madre, de los primeros agricultores y de los artesanos del barro, donde el divino se simboliza con el húmedo vientre de la tierra labrada de la cual se nace y a la cual se vuelve.

Muchos expertos actuales atribuyen a las mujeres descubrimientos tales como el control del fuego, o les conceden la mayor parte del protagonismo en la conformación de las estructuras de comunicación social y de la expresión verbal. En el V milenio a. de C. en Oriente Próximo ya se había consolidado la aldea agrícola como la fórmula socioeconómica más eficaz. Con el cultivo controlado de vegetales silvestres y la doma de especies animales se obtuvo una vía de alimentación relativamente segura que fomentó una forma de vida sedentaria, obligó a construir viviendas mejores y permanentes, y sobre todo impulsó innovaciones en las tecnologías orientadas a la explotación, almacenamiento y elaboración de los productos agropecuarios. Mejoró la vida grupal y los pequeños asentamientos originales aumentaron su población.

Ya en la Edad del Bronce, la posición social productiva era del hombre, confiriéndole esta posición un cierto poder social. Y las mujeres comenzaron a perder su posición dentro del grupo; al asumir la mujer un rol no productivo, se incrementó el dominio social ejercido por el varón y ello repercutió modificando la estructura familiar.

La producción de excedentes agropecuarios generó definitivamente la propiedad privada y, con ella, la necesidad de una mayor fuerza física (masculina) para mantener - fuerza que ya se había revelado indispensable para garantizar la propiedad de la tierra y de las primeras formas de casas, ahora un poco más seguras y estables - la propiedad. Si las sociedades preagrícolas fueron igualitarias, las urbanas se fundamentaron en una gran especialización del trabajo y en un desigual reparto de las riquezas y de los recursos, estrategia que, a su vez se basó en la acumulación de excedentes que se destinaron a financiar labores especializadas (mantener artesanos, comerciar con objetos de lujo) y sobretodo, convertirse en la fuente de recursos de las clases más poderosas, quienes gestionaban, pero no producían.

En las sociedades agrícolas la actividad de las mujeres quedó básicamente restringida al ámbito del hogar, con lo que no sólo se redujeron sus posibilidades de interrelación social, sino también, las de aprendizaje de las nuevas áreas que serían fundamentales en esa sociedad. La mujer fue relegada a tener que aprender lo estrictamente necesario para mantener una vivienda, para ser transmisora de esos conocimientos a sus hijas. Se le impidió ejercitarse en casi todo lo que podía ser útil para sobrevivir o adquirir estatus fuera del domicilio familiar.

Una vez apartada la mujer de los conocimientos sociales básicos, desde este momento reservados al varón, y mantenida fuera de la producción y gestión de la cultura y la religión (será excluida también de la escritura), la segregación resultante hizo necesario elaborar una serie de

tabúes sobre la mujer que, pretendiendo justificar su estado, la aislaron todavía más. La mujer pasó a depender, hasta para su propia supervivencia, del varón, primero del padre y luego de su marido, y acabó convirtiéndose en un bien comercial.

El varón se convirtió en el proveedor que nunca había sido antes y la mujer quedó atada a su función como reproductora y encargada de las tareas del hogar, actividades que fueron perdiendo prestigio en la misma medida en que comenzaron a valorarse los excedentes productivos.

Todas las culturas envuelven las instituciones que fomentan su adaptación en una complicada mitología y las mujeres son rápidamente definidas en los nuevos mitos como el sexo más adecuado para las tareas inferiores repetitivas, y no creadoras, típicas de la rutina doméstica. En los nuevos mitos se subrayan sus aptitudes fisiológicas para la reproducción y el cuidado de los niños y este campo se convierte en la principal vía para la autorrealización social.

El alejamiento físico y socioeconómico de las mujeres respecto de los principales sistemas institucionales de estas culturas suele ir acompañado de una inclinación ideológica que subraya su incapacidad para hacer frente a esas actividades, sea física o intelectualmente, así como su supuesta necesidad de ser supervisadas y protegidas en todo momento por los varones. La dependencia de las mujeres es un tema repetido en la religión, en la moral y la legislación de las sociedades agrícolas, y es muy persistente, ya que puede encontrarse incluso en las sociedades que ya han pasado por la revolución industrial. (Véase M. K. Martín, B. Voorhies: 1978, 266).

Respeto al estatus, el papel que comenzó a desempeñar el varón como base de la actividad productiva agrícola llevó a que su posición social – en el trascurso del proceso que originaría la sociedad estratificada – acabase fraguándose en función de la mayor o menor cantidad de medios de producción (tierras, agua y manos de obra) y de bienes: productos agropecuarios, objetos suntuarios y progresivamente mujeres, esclavas e hijos, acumulados en propiedad. Paralelamente la posición social de la mujer, relegada al entorno del hogar, acabó siendo fijada a través de sus relaciones sexuales, en particular por las mantenidas en exclusiva a favor de un varón de una u otra clase social.

La estructura familiar se vio igualmente afectada por la actividad agrícola, cumpliendo la norma según la cual a medida que crece la productividad de un colectivo disminuye el tamaño y complejidad de las unidades de producción y consumo basadas en el parentesco. Así, mientras fórmulas familiares, como la poligamia, pudieron suponer una ventaja para los varones de las sociedades recolectoras y horticultoras (en las que eran las mujeres y los hijos menores quienes hacían la mayor parte del trabajo productivo) para los agricultores, por el contrario, dado que lo fundamental de la actividad productiva recaía en el varón, representó una carga insostenible. Con la agricultura, por tanto, desapareció la poligamia y se redujo la estructura familiar, adoptando la forma de monogamia nuclear, y por otra parte, se pasó de sistemas matrilineales y matrilocales a otros patrilineales y patrilocales, culminando finalmente en la familia y sociedad patriarcal absolutamente monógama y restrictiva para las mujeres (obviamente los varones podían tener un número indefinido de concubinas en su hogar familiar).

La aventura iniciada con la agricultura condujo, en todas las áreas geográficas, hasta la civilización urbana estratificada y la realeza, imponiendo una transformación tan enorme de la estructura social que no pudo dejar de afectar con parecida intensidad a la organización de los panteones religiosos.

Las mismas cualidades y funciones que en la prehistoria hicieron de la mujer el fundamento de todas las sociedades y el modelo que originó el concepto de diosa única, en esta primera fase de la civilización se utilizaron para condenarla a ser una esclava del mundo masculino maldecida por el dios varón.

La sociedad patriarcal

En la Edad del Hierro, s. VII a. de C. el proceso de instauración de una sociedad firmemente patriarcal está culturalmente arraigado. Lo que debemos de poner de relieve es que desde el 3000 a. de C., al asumir la mujer un rol no productivo, al incrementarse el dominio social ejercido por el varón, se modificó la estructura familiar que se hizo patriarcal y fueron apareciendo las primeras elaboraciones míticas acerca de la inferioridad natural de la mujer.

Y llegados a este punto creo que será útil aclarar qué entendemos por sociedad patriarcal. Lo hacemos a través de algunas pensadoras contemporáneas:

Dolors Reguant dice: “El patriarcado es una forma de organización política, económica, religiosa y social basada en la autoridad y el liderazgo del varón; un sistema en el que se da el predominio de los hombres sobre las mujeres, del marido sobre la esposa, del padre sobre la madre y los hijos, y la línea descendente paterna sobre la materna”.

Celia Amorós afirma que el patriarcado es el “conjunto metaestable de pactos entre los varones por el cual se constituye un colectivo de éstos como género y, correlativamente, el de las mujeres”.

Carmen Albroch: “Se han realizado amplias investigaciones sobre el Patriarcado y sus orígenes, en las que no vamos a entrar. Sólo nos interesa retener que el dominio masculino supuso la creación de una idea de la naturaleza femenina en clara asimetría con la masculina y así, cuando ellos se imaginaron a sí mismos, no lo hicieron como una parte de la especie humana, sino que se presentaron como el ser humano, y sus habilidades y capacidades se representaron como las de toda la especie, lo que supuso la desvalorización de las desarrolladas por las mujeres.

(...) La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra, y no siente la necesidad de enunciarse en discursos que la legitimen.” (Carmen Albroch: 2002, 42).

PRIMERAS ELABORACIONES

MÍTICO - RELIGIOSAS

Antes de empezar a hacer un recorrido por los pueblos antiguos y ver qué cambios comportó el paso desde las actividades dictadas por la supervivencia del hombre del Paleolítico a las transformaciones de las actividades socio – económicas del hombre del Neolítico nos proponemos una pregunta. Pues estamos intentando averiguar cuándo y por qué nace el pensamiento de una natural inferioridad de la mujer; ¿Por qué habrá hecho falta la creación de los mitos para respaldar este *modus vivendi* que se había establecido? (Damos por beneficio de inventario que no haya habido ninguna intencionalidad en todo esto). ¿Por qué incomodar las divinidades, porque recurrir a ella / os?

Hay también que subrayar que, como dicen Anderson y Zinsser “La base de una cultura guerrera es que los hombres tengan un valor intrínseco y una importancia superior a la de las mujeres. Por eso se da por hecho que las mujeres sean subordinadas a los hombres y que esta subordinación tiene que llegar a ser racionalizada y justificada de varias maneras. Se presupone que las mujeres sean menos potentes de los hombres y así, a pesar de haber textos que representan mujeres potentes (en los textos griegos deas), incluso la diosa más potente es, y no puede no serlo, subordinada al más potente de los dioses. Como en el cielo, así en la tierra: mujeres mortales se representan potentes, de alto nivel social, y estado social, pero generalmente subordinadas a un hombre aún más potente.” (Anderson y Zinsser: 1992, 40, 41).

De todas maneras volvemos a la pregunta, ¿Por qué habrá hecho falta la creación de los mitos para respaldar este *modus vivendi* que se había establecido? (Damos por beneficio de inventario que no haya habido ninguna intencionalidad en todo esto). ¿Por qué incomodar a las divinidades, porque recurrir a ellas / os?

Nietzsche en el hoy ya clásico *El nacimiento de la tragedia*, explica que definir ideas mediante la personificación divina viene a ser un modo de que esos conceptos se hagan más físicos, reales y palpables “Esos nombres se los tomamos en préstamo a los griegos, los cuales hacen perceptibles al hombre inteligente las profundas doctrinas de su visión del arte, no ciertamente como conceptos, sino con las figuras incisivamente claras del mundo de los dioses”. (Friedrich Nietzsche: 1995, 40).

Y de todas maneras, debemos siempre tener presente que mostrar o justificar un determinado comportamiento humano mediante una deidad o a través de la construcción de un aparato mítico, por una parte legítima tal comportamiento (quien puede permitirse ir en contra de la fuerza coercitiva de la ‘voluntad de dios’).

Por otra parte, sin embargo, marca una constante y la constante es una de las justificaciones dogmáticas que más a menudo escuchamos ante la posibilidad de innovar algo (¿Por qué cambiar?, ¡Siempre se ha hecho así!) (Véase J. D. Fernández Gómez: Humanística 12, 133-148).

Después de más o menos 9000 años podemos afirmar que así, sin duda, ha sido. “El hecho de dar menor valor a las mujeres contribuyó a crear y a mantener un sistema de subordinación femenino.” (Anderson y Zinsser: 1992, 47). Hasta nuestros días.

La voluntad de los dioses o de los hombres, o mejor, la voluntad que los hombres han atribuido a los dioses, ha encarcelado a la mujer en la jaula del mundo privado. La mujer se ha quedado honrada exclusivamente cuando y si se quedaba dentro de los roles que los hombres le han consentido (Véase Anderson y Zinsser: 1992, 41).

LAS DIVINIDADES COMO PROYECCIÓN DE LA EXPERIENCIA FAMILIAR -SOCIAL DE LA MUJER – HOMBRE³

Pueblos Mesopotámicos

Estudiar la relación de los pueblos mesopotámicos con sus divinidades no resulta fácil si tenemos en cuenta que creyeron en unos 3600 dioses y diosas diferentes. Tras la etapa común más generalizada de culto único a la Diosa Madre, cada región, cada ciudad, desarrolló las deidades que más se ajustaron a sus necesidades sociales y socioeconómicas. En aquellas de actividad económica agrícola (como por ejemplo en Eridu), que dependían del agua de regadío, se crearon dioses ctónicos, con función paterna y materna al mismo tiempo, vinculados al agua; en las zonas de la estepa, dedicadas básicamente a la ganadería y a la caza y dependiente, por tanto, de la lluvia que hacía crecer los pastos (en Uruk y Nippur) se decantaron por dioses cósmicos encabezados por una pareja de ellos, representantes del principio masculino y femenino, polos complementarios de la fertilidad. Y luego, las relaciones entre las diferentes comunidades dieron lugar a teologías sincréticas entre ambos tipos de divinidades.

En estas sociedades no todos los seres humanos eran iguales, y entonces tampoco podían serlo los seres divinos. Se ideó un panteón formado por diferentes clases de divinidades, diferenciadas por sus capacidades creadoras o no creadoras. Los que controlaban los cuatro elementos básicos (cielo, tierra, agua y atmósfera) fueron los que encabezaron la lista de los grandes dioses siendo los que desarrollaron sus capacidades creadoras (Véase Lara Peinado: 1989, 167). Las cuatro deidades sumerias más importantes fueron la cósmica An, dios del cielo; Enlil, dios del aire; Enki, dios del agua; y Ninkhursag, dios de la tierra.

En la *Epopéya de la Creación* redactada hacia el año 1750 a. de C. se recogió la mitología dominante en la época y se puede observar ya con claridad cómo se proclamó la supremacía del dios varón guerrero Marduk, tras haber vencido a la Gran Diosa (que obviamente venía presentada como malvada y peligrosa tanto para los dioses como para los humanos) e imponerse al resto de las deidades gracias a su valor.

A partir de esos días, la estructura y el comportamiento de los dioses imitó absolutamente el modelo psicosocial de la monarquía imperante. La cosmovisión androcéntrica se había impuesto ya plenamente en el mundo de los humanos y en el de los dioses.

Podemos entonces afirmar que en Mesopotamia, a finales del IV milenio y durante el III milenio a. de C. tras la implantación de la monarquía y de la ciudad – estado, la subordinación de

³ Para Freud la religión es una de las muchísimas sublimaciones que proporciona la psique, un intento de acercarse a la realidad vivida como castración de las pulsiones del Es, según un principio de la realidad (este pensamiento tiene evidentes analogías con el pensamiento de Nietzsche). Y Dios, en la visión de Freud otra cosa no es que la proyección de la ambivalente relación humana que cada persona tiene con su padre y representa entonces una proyección humana de los deseos y de los momentos psíquicos humanos (este pensamiento tiene fuertes analogías con el pensamiento del pensador Feuerbach). Sigmund Freud, *Totém y tabú*, 1913.

la mujer al varón, cultivada de forma natural y con mayor o menor esmero desde épocas anteriores, cobró una importancia política capital y comenzó a ser legislada con el fin de imponerla definitivamente por la fuerza, mediante leyes sancionadas por los dioses y aplicadas por los monarcas⁴, apoyándose en la fuerza de su ejército.

La monarquía absolutista y militarizada no podía subyugar definitivamente al pueblo sin cambiarle al mismo tiempo el modelo mitológico que le había servido de espejo hasta entonces; por eso, tras llegar a controlar a la clase sacerdotal, en el III milenio a. de C., impuso dioses masculinos de características y comportamientos similares a los reales.

Así, por ejemplo, la entronización de Marduk y Azur, dioses nacionales de Babilonia y Asiria, respectivamente, fue la culminación de un proceso de reelaboración mitológica paralelo a y consecuente con el surgimiento de un poder central fuerte en sus respectivas áreas geográficas de origen; su llegada a la presidencia de los dioses no fue sino el reflejo del poder creciente de dos estados gobernados por soberanos todopoderosos a los que todos debían obediencia; Marduk y Azur mandaban sobre los otros dioses de la misma forma en que los reyes imperaban sobre la nobleza cortesana.

Al ascenso de lo masculino le correspondió entonces un progresivo deterioro de lo femenino. Las diosas, al igual que les sucedió a las consortes reales acabaron relegadas a esposas de un dios varón, con poderes y atribuciones que decrecieron con el paso del tiempo, justo lo mismo que les sucedió a las esposas e hijas de los reyes y, en general, a todas las mujeres respecto de sus padres y maridos.

Egipcios

En Egipto la evolución socioeconómica, política y teológica fue más o menos equivalente a la mesopotámica (aunque muy distintos fueron sus panteones religiosos). En el IV milenio a. de C. Las diosas aun tenían un gran poder en el seno de las creencias egipcias. El predominio de los dioses varones en las nuevas mitologías comenzó a hacerse patente y, tan pronto como apareció la monarquía (c. 3200 a. de C.), el rey se presentó como intermediario entre los dioses y los hombres.

Este dominio masculino, sin embargo, no pareció entrar en contradicción con la creencia fundamental de la concepción egipcia del mundo que postulaba que dioses, reyes y hombres vivían gracias a la Diosa Maat, representada como mujer con una pluma sobre la cabeza o bajo la forma de serpiente, en posible alusión a su pasado como Diosa Pájaro y Diosa Serpiente: la única divinidad prehistórica que ahora se había quedado atrapada bajo la función de concepto teológico al servicio de una cosmología androcéntrica (Véase R. Schulz, M. Y. Seidel: 1997, 522).

Avanzada ya la época monárquica, la teología heliopolitana, desarrollada a mediados del III milenio a. de C. postuló que el Dios Atum surgió de las aguas primordiales preexistentes, se creó a sí mismo y de sí mismo hizo surgir el universo entero y todos los seres vivos. En un texto en el que

⁴ Véase el acto legislador del rey Urukagina o Uruinimgina (c. 2352 – 2342 a.C.)

se le hizo narrar la creación en primera persona, Atum contó que tras encontrar un lugar “en el que yo pude ponerme en pie (...) me procuré placer con el puño, copulé con mi mano y escupí el semen de mi boca: escupí a Shu (dios de la vida, del aire y de la luz) y escupí a Tefnut (diosa de la humedad)” (R. Schulz, M. Seidel, 1997: 447).

La carrera del dios masculino hacia el control de la capacidad de generación había encontrado en la masturbación la actividad más cercana a la fecundidad que un varón solitario podía alcanzar por muy dios creador que fuese.

Pre e Indoeuropeos

En Europa la introducción de la agricultura fue muy desigual. Se difundió con relativa rapidez por el sudeste y centro de Europa (entre c. 7.000 y 5.400 a. de C.) y por toda la franja costera mediterránea de España, Francia e Italia y el litoral atlántico de Portugal (c. 6.500 y 5.200), pero su implantación en el resto del continente no comenzó hasta mucho después (entre 5300 y 5000 a. de C.) y, en consecuencia, el ritmo de transformación de sus sociedades tampoco corrió parejo. Durante un periodo que va desde finales de V milenio a. de C. Hasta principios del III milenio a. de C., se instauró un cambio radical y generalizado como resultado de la presión ejercida por una cultura en expansión que presentaba valores y modelos diametralmente opuestos a los que imperaron en la Europa de la Gran Diosa.

María Gimbutas nos especifica que: “mientras las culturas europeas continuaban una existencia pacífica y alcanzaban niveles de auténtico florecimiento y sofisticación en el arte y la arquitectura durante el V milenio a. de C. En la Cuenca del Volga, al sur de Rusia surgía una cultura neolítica muy diferente, con el caballo domesticado y armas letales, que después de mediados del quinto milenio aparece incluso al oeste del Mar Negro. Esta nueva fuerza cambió inevitablemente el curso de la Prehistoria europea. Yo la denomino la cultura ‘Kurgan’ (kurgan significa túmulo) porque en ella los muertos eran enterrados bajo túmulos circulares que cubrían las construcciones funerarias de los varones importantes” (María Gimbutas: 1991, 98).

Las características básicas de la cultura Kurgan fueron patriarcado, patrilinealidad, agricultura a pequeña escala y avanzada domesticación de los animales (donde cabe destacar el caballo no más tarde del sexto milenio a. de C.). Son características estas que coinciden con las que se han observado en lo indoeuropeo y que están en completa oposición con la sedentaria y pacífica cultura gylánica de la Vieja Europa (Véase Gimbutas María: 1991, 151 y 152), con una agricultura desarrollada y una gran tradición arquitectónica, escultórica y cerámica.

Las repetidas incursiones del pueblo Kurgan pusieron fin a la cultura de la Vieja Europa aproximadamente entre el 4300 y el 2800 a. de C. cambiándola de gylánica a androcática, y de matrilineal a patrilineal. Las regiones del Egeo y del Mediterráneo, así como la Europa occidental, escaparon al proceso durante más tiempo; allí en islas como Thera, Malta Cerdeña y Creta la cultura de la Vieja Europa floreció en una civilización envidiablemente pacífica y creativa hasta 1500 a. de C. Y la religión de la Diosa y sus símbolos sobrevivieron como sustrato cultural en diversas zonas (Véase Gimbutas María: 1996, XX).

Tras la implantación del uso de los metales, las sociedades europeas unificaron en buena medida su cultura, se impuso un mismo sistema religioso y se instauró la propiedad privada y las viviendas familiares frente a la propiedad y viviendas comunales de las épocas anteriores. Con el establecimiento de la sociedad compleja en el Próximo Oriente y en Europa, el papel y la función social de la mujer y de la Diosa fueron degradados sin remedios.

Si es cierto que el proceso de cambios sociopolíticos y religiosos se desencadenó por y a partir de la implantación de la agricultura, no debemos olvidarnos que hubo un motor fundamental para acelerar la transformación de las sociedades neolíticas organizadas en torno al culto de la Diosa, es decir, la progresiva penetración de pueblos indoeuropeos que acabaron predominando sobre las culturas del continente eurasiático y Próximo Oriente con las que se fusionaron.

La cultura indoeuropea (patrilineal, patriarcal, agrícola a pequeña escala, agresiva, expansiva y poderosa gracias a su dominio del caballo y destreza con las armas, y por estas múltiples características adoradora de dioses masculinos acordes a los valores dominantes en esa sociedad) había surgido hacia el V milenio a. de C. en la cuenca del río Volga (Rusia), tras haber evolucionado durante cerca de un milenio a partir de las bases comunes del neolítico euroasiático. A mediados del V milenio a. de C. había penetrado hasta la parte occidental del Mar Negro, durante el IV milenio a. de C. se extendió hacia el oeste por la Europa Danubiana y entre el III y el II milenio a. de C. invadió la región del Egeo y todo el Próximo Oriente.

Todos esos pueblos indoeuropeos tenían panteones encabezados por dioses varones de corte absolutista que acabaron relegando a las diosas que presidían las culturas con las que se fusionaron, absorbieron o conquistaron por la fuerza. La Diosa que dominó la 'Vieja Europa' también comenzó a ser desplazada a mediados del IV milenio a. de C. según fue extendiéndose la cultura indoeuropea a lo largo de la cuenca danubiana.

La monarquía absolutista y militarizada necesitó verse reflejada en un dios masculino de similares características, pero el ataque a la Diosa Madre, así como el gradual sometimiento de la mujer al hombre, no fue rápido, ni frontal, sino lento pero progresivo e implacable. Se comenzó a degradar de forma progresiva la figura de la Diosa y a minar sus funciones ancestrales, al tiempo que la deidad masculina en ascenso (normalmente un dios del viento o dios de la tormenta) iba incorporando la imagen y las atribuciones de una deidad creadora y, tras algún suceso extraordinario pasaba a presidir el panteón religioso; en una última etapa (no de forma universal) acababa asumiendo con absoluta exclusividad la capacidad de generar – crear y la de fertilizar. Al cerrarse este círculo, funciones divinas que siempre fueron femeninas pasaron a ser sólo masculinas, Dios había logrado suplantarse totalmente a la Gran Diosa Madre.

Obviamente el proceso de absorción y suplantación de la Diosa por un dios masculino no se dio en todas partes de igual modo, ni al mismo ritmo, pero su resultado siempre acabó siendo el mismo, como ya hemos visto y como veremos tanto en la cultura hebreo –cristiana, como en el mundo griego.

Empezamos ahora a analizar la creación mitológico – religiosa de las dos culturas que más han influido el mundo occidental: la hebrea (a través de la Biblia) y la griega.

ELABORACIONES MÍTICAS

CULTURA HEBREO – CRISTIANA

En el pueblo hebreo, de forma similar a las sociedades mesopotámicas, a medida que se pasó de estar agrupados bajo una confederación de tribus a estar organizados en un estado, surgió un dios varón, nacional, de perfil absolutista. Las mujeres comenzaron a ver incrementado su control por parte del varón y acabaron discriminadas en todos los ámbitos, particularmente en el terreno de lo sacro, quedando apartadas de todo servicio directo a lo divino e imposibilitadas para ejercer sus cargos anteriores como sacerdotisas y profetisas. Y así, su panteón religioso pasó de un politeísmo primitivo a una forma de henoteísmo hasta llegar al monoteísmo masculino que pide culto exclusivo a Jhwh.

Pero tenemos que ir por grados. Empezamos viendo cuál era el panorama de las divinidades en los pueblos pre – hebraicos.

Los pueblos de Canaán

La población aborígen más remota de Palestina no era semita. Esto es evidente por los nombres de las poblaciones más antiguas, que no son semitas. Hacia fines del segundo milenio A. de C. los amorreos invadieron Canaán y durante siglos fueron su clase gobernante. Los primitivos hititas, de los cuales sólo se reconocen vestigios en los textos que provienen del período final de su imperio, también se establecieron en ciertas partes de Palestina, como también lo hicieron los hurrios, especialmente en el sur.

De los once pueblos llamados cananeos en el Antiguo Testamento (Génesis 10: 15-19), debemos mencionar los hititas y amorreos. En Siria y Fenicia vivían seis de los otros: los sidonios y los zomarcos, sobre la costa; los araceos con su capital Irqata -de las Cartas de Amarna-, al norte de Trípoli; los sineos, cuya capital Siannu se menciona en registros asirios, no han dejado información acerca de su ubicación geográfica; los aradios, con su capital Arvad, en el norte de Fenicia; y los hamoteos, en el interior de Siria. De las tres tribus cananeas restantes, los jebuseos, gergescos y heveos, nada se sabe de fuentes que no sean bíblicas.

Todos estos pueblos, por vivir en tierras situadas entre las dos grandes civilizaciones de la antigüedad -Egipto en el sur y Mesopotamia en el norte - fueron grandemente afectados por las culturas de esos países. Aunque Palestina y Siria habían vivido bajo el dominio político de Egipto durante siglos, cuando se produjo la invasión hebrea, las influencias culturales de Mesopotamia

incidieron más que las de Egipto. La razón de este extraño fenómeno puede estar en los vínculos étnicos. Como todos estos pueblos eran de lenguas semíticas estrechamente relacionadas con las que se hablaban en Babilonia y Asiria, pueden haber estado más apegados a la cultura oriental que a la de sus amos políticos. Por eso el idioma y la escritura de Babilonia se usaban en toda la correspondencia entre los gobernantes de las distintas ciudades, y entre ellos y la corte egipcia. Su material de escritura eran tablillas de arcilla, como también lo era de sus vecinos orientales. Es evidente que el arte de escribir estaba muy difundido, pues se han hallado textos cuneiformes en diversas excavaciones de Palestina, tales como Siquem, Taanac, Tell el-Hesi, y Gezer; otra prueba de ello son los centenares de Cartas de Amarna que, aunque fueron descubiertas en Egipto, procedían de Palestina y Siria.

Además, una nueva escritura alfabética, probablemente inventada en la región minera del Sinaí a fines del período patriarcal, se comenzó a usar más extensamente en el período de que nos ocupamos. Se han hallado inscripciones cortas en escritura alfabética en Laquis, Bet-emes, Siquem, y otros lugares. Por ellas se deduce que la gente de esa época estaba ansiosa de escribir y usaba la nueva escritura a causa de sus obvias ventajas sobre la escritura cuneiforme o la jeroglífica, difíciles e incómodas por sus muchos centenares de caracteres.

La excavación de ciudades palestinas que datan del período anterior a la entrada de los israelitas en el país, muestra que la población había alcanzado un alto nivel en artesanía, especialmente en la construcción de fortificaciones para las ciudades y en la construcción de túneles en las rocas. Por ejemplo, los jebuseos excavaron un túnel vertical dentro de la ciudad de Jerusalén, hasta el nivel de la vertiente de Gihón que se hallaba a cierta distancia fuera de la ciudad en el valle de Cedrón. Desde el fondo de esta perforación cavaron un túnel horizontal hasta la vertiente, por el cual, sin salir de la ciudad, podían obtener agua de la vertiente en tiempos de emergencia.

También en Gezer se excavó un magnífico túnel para agua que consistía en una escalera gigantesca de unos 67 m de largo, tallado en la roca viva. Este túnel tiene 7 m de altura en la entrada y unos 4 m de ancho, pero se reduce hacia el fin. El cielo raso tiene la forma de un barril, y sigue la inclinación de la escalera. Termina en un gran manantial a unos 28 m debajo de la superficie de la roca, y a unos 40 m debajo del nivel actual de la superficie. Las marcas de las herramientas muestran que el trabajo fue realizado con instrumentos de piedra, y el contenido de los escombros revela que el túnel cayó en desuso poco después de la invasión hebrea. No se explica aún cómo supieron los antiguos ciudadanos de Gezer que hallarían un abundante manantial al final de este túnel.

Estas hazañas de ingeniería, que demuestran el alto nivel de cultura material de los cananeos en la época de la invasión hebrea, son ejemplos de las muchas realizaciones cananeas descubiertas en el último siglo.

Religión de los pueblos cananeos

La población preisraelita de Palestina ya había alcanzado un alto nivel cultural para el tiempo de la conquista y sus prácticas y conceptos religiosos eran ya definidos. La excavación de

templos y lugares sagrados cananeos ha sacado a la luz muchos objetos de culto de origen cananeo. En Ras Shamra, la antigua Ugarit, se han hallado muchos textos cananeos de naturaleza mitológica. Redactados en una escritura cuneiforme alfabética, han vertido mucha luz sobre el idioma, la poesía y la religión de los cananeos de mediados del II milenio a. de C. Constituyen nuestra principal fuente de información sobre la religión del país que Israel invadió y conquistó.

Palestina parece haber tenido gran número de santuarios al aire libre, llamados *bamoth*, ‘altos’, en la Biblia. Los israelitas fueron atraídos de tal manera por estos ‘altos’ que los tomaron y dedicaron a Dios, a pesar de la terminante obra persuasiva de que fuese adorado solamente en un lugar, el lugar en donde estaba situado el santuario (Deuteronomio 12: 5, 11).

Varios profetas condenaron estos lugares de culto pagano (Jeremías 7: 31; 19: 13; 32: 35; Es decir 4: 12, 13, 15; 10: 8; Amós 2: 8; 4: 4, 5), pero fue sumamente difícil separar al pueblo de ellos. Inclusive, algunos de los mejores reyes, Amasías, Uzías y Joatam por ejemplo, no los destruyeron (2 Reyes 14: 3, 4; 15: 4, 34, 35).

Uno de los ‘altos’ mejor conservados, excavados en Palestina, fue hallado en Gezer, a mitad de camino entre Jerusalén y la costa. Era un lugar abierto, sin rastros de construcciones. Sin embargo, contenía varias cavernas, de las cuales algunas estaban llenas de cenizas y huesos, probablemente restos de sacrificios, pues los huesos eran de hombres, mujeres, niños, criaturas, ganado, ovejas, cabras y ciervos. Dos de las cuevas estaban conectadas mediante un túnel angosto y tortuoso, de manera que una de ellas podía usarse como lugar sagrado, donde el adorador que tenía algo que preguntar pudiese consultar a un oráculo. Cada palabra susurrada en la cueva más pequeña se puede oír claramente en la más grande. No es imposible que un objeto de culto, tal vez un ídolo, hubiese estado alguna vez frente al agujero de la pared que conecta las dos cuevas, y que los adoradores imaginasen que recibían respuesta a sus oraciones en este lugar.

Se sabe que existieron lugares con oráculos similares en Grecia y Mesopotamia. En el centro de la cueva principal había un gran bloque de piedra sobre el cual yacía el esqueleto de una criatura, tal vez del último niño sacrificado en este lugar.

En la superficie se halló una hilera de 10 columnas de piedra. La más alta de estas columnas tiene casi 3,35 m de altura; la más pequeña 1,70 m. En hebreo, una columna de piedra tal se llama *matstsebah*, ‘imagen’, ‘estatua’ o ‘escultura’ (véase Levítico 26: 1; Deuteronomio 16: 22; Miqueas 5: 13), más correctamente ‘estela’ o ‘cipo’. No es seguro si estas estelas estaban relacionadas con la adoración del sol, o si eran símbolos de la fertilidad que representaban al ‘sagrado’ *phallus erectus*. Había también varios altares relacionados con el alto, y sobre el piso rocoso había muchos agujeros en forma de copa, probablemente usados para la recepción de libaciones u ‘ofrendas de bebidas’.

Otro ‘alto’ bien conservado se halló en una de las montañas cerca de Petra, la capital de los edomitas. Aunque este lugar sagrado es de fecha muy posterior (del s. I a. de C.), probablemente difería muy poco de lugares semejantes de tiempos anteriores. Un gran altar fue tallado en la roca viva. Una escalera de seis peldaños lleva hasta el lugar donde se encendía el fuego. En frente del altar hay un gran atrio rectangular, con una plataforma elevada en el medio, donde se hacía el sacrificio. Un tanque para agua, casi cuadrado, fue cortado de la roca, para usarlo en las abluciones rituales. Este ‘alto’ también tiene tazas típicas para derramar las ofrendas de

libaciones, y cerca hay columnas en pie en forma de obeliscos, sin las cuales un 'alto' evidentemente habría estado incompleto.

También se han excavado templos cananeos en ciudades palestinas, tales como Meguido y Bet-seán. Estos edificios sagrados generalmente constan de dos piezas. La interior, con una plataforma elevada sobre la cual se hallaba originalmente la imagen adorada, servía como santuario principal.

Sin embargo, el culto cananeo no se limitaba a templos y altos. Un gran número de altares pequeños de piedra hallados en Palestina muestran que la gente tenía santuarios particulares donde se ofrecían sacrificios. Estos altares eran tallados generalmente en un bloque de piedra. El fuego se encendía en su parte superior, y tenían cuatro cuernos en las esquinas. Se han hallado grandes cantidades de imágenes de culto en cada excavación hecha en Palestina. La mayoría de éstas son pequeñas figurillas que representan a una diosa desnuda con sus rasgos sexuales acentuados, lo que muestra que servían para el culto de la fertilidad, alrededor del cual se centraba gran parte de la adoración cananea.

Las divinidades Canneas

A la cabeza del panteón cananeo estaba El, llamado 'el padre de los años', también 'el padre de los hombres', simbolizado por un toro. A pesar de ser el más excelso dios tutelar, se representaba como un viejo, y por lo tanto débil. Según un erudito fenicio posterior, Filón de Biblos, El tenía tres esposas, Astarté, Asera y Baaltis (probablemente Anat), que eran al mismo tiempo sus hermanas. También en los textos de Ugarit se confirma que Asera era esposa de El.

Como patrona del mar, Asherah es llamada comúnmente 'Asherah del mar', pero también 'creadora de los dioses' y 'santidad', tanto en Canaán como en Egipto. Generalmente se la representaba en figuras y relieves como una hermosa prostituta desnuda, de pie sobre un león y sosteniendo un lirio en una mano y una serpiente en la otra. Parece haber sido adorada bajo el símbolo de un tronco de árbol, 'imágenes de Asherah' (2 Reyes 17: 10).

Pronto fue aceptada entre los israelitas, quienes parecen haber adorado casi continuamente símbolos del culto dedicados a El, a Asherah, hasta el período anterior al exilio.

Otra importante diosa cananea era Astarté, en Heb. *Ashtoreth*, 'la gran diosa que concibe pero no da a luz'. Se la describe como una mujer desnuda sobre un caballo galopante, que lleva en las manos un escudo y una lanza. Los fenicios le atribuían dos hijos llamados, según Filón de Biblos, Pothos, 'deseo sexual', y Eros, 'amor sexual'.

Son muchas las medallas de Astarté de formas toscas encontradas en lugares excavados en Palestina, pero es significativo que no han sido descubiertas en ningún nivel israelita antiguo. Esto es así en las excavaciones realizadas en Bet-el, Gabaa, Tell en-Nasbeh y Silo.

Anat, la tercera diosa principal de los cananeos, era la más inmoral y sanguinaria de todas sus deidades. Su violación, a manos de su hermano Baal, era un tema corriente de la mitología cananea, tema que halló cabida aun en la literatura de los egipcios. Sin embargo, siempre se la

llamaba 'la virgen', curiosa referencia sobre el concepto cananeo de la virginidad. Su sed de sangre era insaciable, y sus hazañas guerreras se describen en una cantidad de inscripciones.

Se afirma que había herido a los pueblos del oriente y del occidente, que había cortado cabezas como gavillas, y tantas manos que volaban a su alrededor como langostas. Luego se la describe atándose las cabezas a la espalda y las manos a la cintura, y regocijándose mientras se hundía hasta las rodillas en la sangre de los guerreros y hasta las caderas en la sangre de los héroes. Al hacer esto hallaba tanto deleite que el hígado se le hinchaba de risa.

Más aún, se gozaba no sólo en matar a seres humanos sino también a dioses. Por ejemplo, se le atribuye la muerte del dios Mot. Fue partido por ella con una espada, aventado con un aventador, quemado en el fuego, molido en un molino de mano, y finalmente sembrado en los campos.

Baal, aunque no era el dios principal, desempeñaba un papel sumamente importante en el panteón cananeo. Era considerado hijo de El, el dios principal, y hermano de Anat. Como se le tenía por responsable del relámpago, el trueno y la lluvia, se creía que traía la fertilidad a la tierra de Canaán, cuya agricultura dependía enteramente de la lluvia.

Al principio de la estación seca, sus devotos suponían que Baal era asesinado por el dios maligno Mot, y la fiesta anual de su resurrección, cuando caía probablemente la primera lluvia, era una ocasión de gran regocijo y festejos. Baal es la figura principal de toda la poesía mitológica de Ugarit; en verdad, de toda la literatura religiosa.

En tiempos de Elías, cuando Israel se volvió al culto de Baal, su falta de poder quedó claramente demostrada cuando no llovió durante tres años. Jhwh quería que su pueblo aprendiese que la introducción del culto de Baal no aumentaría la fertilidad de su tierra, sino que, al contrario, traería hambre. En el monte Carmelo Elías demostró terminantemente que Baal, como dios de la lluvia, no poseía poder alguno.

Además de los dioses nombrados había una hueste de otras deidades con funciones menores. En los templos se practicaba la prostitución ritual de ambos sexos, en esos edificios sagrados los homosexuales formaban hermandades reconocidas, y en los días de fiesta, en los templos y altos se celebraban orgías.

También hallamos que se sacrificaban criaturas sobre los altares o eran enterradas vivas para apaciguar a un dios airado, que el culto de la serpiente estaba muy difundido, y que los cananeos se herían y mutilaban en tiempos de dolor y duelo, práctica que les fue prohibida a los israelitas (Levítico 19: 28; Deuteronomio 14: 1).

El pueblo de Israel

La idea que tenemos de Dios en el contexto cultural occidental actual se ha construido sobre el modelo de Jhwh, transmitido de forma única y excluyente durante los últimos 1500 años.

Dios, el Jhwh de la Biblia tuvo el mismo proceso de 'entronización' que todos sus antecesores paganos de los cuales fue heredero.

Jhwh no apareció en la historia como un dios cósmico sino como una deidad tribal de pueblos semitas nómadas; sólo un desarrollo teológico muy posterior, dentro de la cultura hebrea previa al exilio, le facilitó los atributos monoteístas estrictos que le llevarían a ser una deidad cósmica, un dios padre creador del universo.

Antes de todo cabe destacar que la mujer hebrea no sólo fue relegada por su sexo, hecho consustancial con toda sociedad patriarcal, sino que fue aislada, e incluso, perseguida por conservar la práctica ancestral de rendirle culto a la Gran Diosa, en este caso bajo la advocación de Asherah.

En la sociedad hebrea, el doble culto a Jhwh y Asherah (además del culto rendido a Baal) se dio con normalidad durante siglos hasta que el sangriento levantamiento (c. 825 a. de C.) contra el rey israelita Joram, instigado por los profetas Elías y Eliseo instauró oficialmente el culto exclusivo a Jhwh.

El pueblo, sin embargo, no dejaría de adorar a Baal y Asherah hasta un par de siglos después, tal como demuestran muchos pasajes bíblicos⁵.

En tiempos de Jeremías la popularidad del culto a la Reina del Cielo estaba tan implantada que, por boca del propio Jhwh, el profeta se dijo a sí mismo: "Los hijos recogen la leña, los padres prenden el fuego y las mujeres amasan la harina para hacer tortas a la Reina del Cielo [Asherah] y libar a los dioses extraños para ofenderme" (Jer. 7,18) y más adelante el profeta informa que "Entonces todos los hombres, sabedores de que sus mujeres ofrecían incienso a los dioses ajenos (...) respondieron a Jeremías: No te escucharemos en lo que nos dices en nombre de Jhwh, sino que persistiremos en hacer cuanto nos venga en boca, quemando incienso a la Reina del Cielo y ofreciendo libaciones, como antes hemos hecho e hicieron nuestros padres, nuestros reyes..." (Jer. 44, 15-16).

El joven rey Josías luchó abiertamente en contra las divinidades ajenas, limpió Judá y Jerusalén de 'altos', aseras e imágenes de fundición y luego se volvió a Jerusalén (2 Cr. 34, 3-7 o II RE 23,4; 23,6). Esta reforma implantada por el Rey en el año 621 a. de C. dejó fijada para siempre la intolerancia religiosa que ha caracterizado a las religiones monoteístas fundamentadas en un dios varón y, consecuentemente, acabó con cualquier esperanza de respeto e igualitarismo social de las mujeres. Dentro del monoteísmo hebreo – y por herencia en las tres religiones 'del libro' - a la mujer no le quedó otro papel que el de esposa sumisa y madre⁶. A la diosa Asherah ni éste.

Obviamente aquí no se cuestiona la Revelación divina del Dios Hebreo - Cristiano pero sí se pone un punto interrogante sobre el sexo que siempre se le ha atribuido.

⁵ II Re 18, 4-5; II Re 21,3;

⁶ Recordamos la famosa plegaria diaria de los judíos piadosos: "Bendito sea Dios que no me hizo gentil, bendito sea Dios que no me hizo mujer, bendito sea Dios que no me hizo esclavo".

LA MUJER EN LA CULTURA CRISTIANA

Para Armstrong la sociedad contemporánea ha heredado junto al cristianismo, un tipo particular de neurosis, consistente en ciertas actitudes hacia la sexualidad que guardan escasa relación con las verdades cristianas. Estas actitudes tienen su origen en una visión negativa de la sexualidad que la concibe como algo pecaminoso y que causó su rechazo dentro de la comunidad cristiana. A pesar de su contradicción con las creencias cristianas, la asociación entre el sexo y el pecado se fue extendiendo de forma paralela a la extensión del cristianismo, creando un conflicto que aún existe hoy en día y que provocó el rechazo de la sexualidad (Véase Armstrong 1996: 19).

Del mismo pensamiento es el filósofo francés Michel Foucault en *The History of the Sexuality. An introduction*, donde la presenta como algo nunca innato, sino formado por la sociedad en que se desarrolla y que evoluciona con ella. Para Foucault ha habido en la historia occidental una asociación entre el sexo y el pecado originada en el cristianismo antiguo, con su ideal ascético, y que desencadenó una represión sexual de la cual la sociedad actual pretende librarse y de la cual se siente culpable (Michel Foucault 1990: 9).

La neurosis cristiana no sólo ocasionó el miedo y el rechazo del sexo, sino que además provocó una visión negativa del cuerpo y de lo físico que se convirtió en característica fundamental del cristianismo, pues en esta nueva asociación “[el] cuerpo es rechazado porque es sexual, y en círculo vicioso este odio al cuerpo aumenta la aversión sexual cristiana, pues en el sexo el hombre se muestra en su aspecto más físico y por lo tanto más alejado de Dios” (Armstrong 1996: 23).

Esta oposición cuerpo / alma, o físico / espiritual trajo consecuencias negativas para la mujer ya que, como explica Marina Warner (...) en esta batalla entre la carne y el espíritu, el sexo femenino fue firmemente colocado en el lugar de la carne. Puesto que el dar a luz era una función especial de la mujer y sus angustias el castigo especial decretado por Dios después de la caída, y puesto que el hijo que llevaba en su vientre estaba manchado por el pecado desde el momento de su concepción, los males del sexo fueron particularmente identificados con lo femenino” (Marina Warner 1991: 92).

Con esto la mujer es identificada con la sexualidad, cuyo carácter negativo provoca el rechazo de lo femenino y su identificación con el demonio, lo que justifica el hecho de que en nuestro pasado cristiano la mujer haya sido considerada uno de los principales enemigos del cristianismo (Véase Armstrong 1996: 68). De esta forma la mujer empieza a ser vista como la tentadora que arrastra el hombre al pecado de la sexualidad, siendo la figura de Eva, como causante de la pérdida de la humanidad tras la expulsión del Paraíso, el ejemplo más clásico de la maldad femenina.

Estas ideas constituyen la base de la misoginia que ha caracterizado la historia cristiana aunque el cristianismo había destacado en sus orígenes precisamente por ofrecer igualdad entre los sexos (algo inusual, como hemos visto, en la sociedad hebrea); varias mujeres tuvieron papeles fundamentales como testigos de la identidad y misión de Jesús, en una época en que la mujer no era siquiera considerada una testigo competente (Véase María, Isabel, Marta y María Magdalena). Sin embargo, con el transcurso del tiempo estos conceptos presentes en los primeros cristianos comenzaron a hacerse más borrosos y difíciles de comprender.

Precisamente porque el cristianismo identifica a la mujer con la sexualidad, ésta ha sido siempre definida en relación con ella:

- Como virgen (caracterizada por la ausencia de sexualidad)
- Como esposa y madre (que representa la sexualidad con un varón, con el marido)
- Como prostituta (donde la sexualidad femenina se manifiesta con varios hombres)

Estos son los tres modelos de feminidad que el cristianismo contempla y que se corresponden con los grandes mitos cristianos de María la Virgen madre de Jesús y el de María Magdalena, la prostituta arrepentida.

El mito de María

El mito de María requiere una mención aparte dada la extrema importancia que ha tenido en la doctrina cristiana. Como madre de Jesús, fue considerada una segunda Eva venida al mundo a traer la salvación y ha sido erigida, por tanto, como el ideal absoluto de la perfección femenina.

Su virginidad perpetua la liberó del pecado de la sexualidad, convirtiéndola en el epítome de la pureza femenina. Su modelo representa unas cualidades que la mujer cristiana está obligada a imitar y que en la sociedad actual aún son apreciadas en el sexo femenino. Entre ellas se encuentran la bondad, la humildad, la docilidad, la pureza y la maternidad ejemplar, cualidades que son para Ida Magli una proyección de los deseos masculinos en su concepción de la mujer ideal (Ida Magli 1993: 72) y que han sido utilizadas por la iglesia cristiana como un instrumento para lograr la subordinación de la mujer al patriarcado cristiano.

Lerner señala cómo la posición de María en la doctrina cristiana no es comparable a la figura de la diosa en otras culturas, dado que su poder tiene una naturaleza completamente distinta y ajena a la condición femenina:

“El poder de la Virgen se encuentra en su capacidad para apelar a la misericordia de Dios; se deriva de su maternidad y del milagro de su inmaculada concepción. No tiene poder por ella misma, y las propias fuentes de su poder para interceder la separan irrevocablemente de otras mujeres” (G. Lerner 1987:143)

El mito de María Magdalena

El mito de María Magdalena resulta especialmente revelador por el hecho de que no procede de un único personaje bíblico, sino que en él confluyen varias identidades diferentes: la de la pecadora anónima que enjuga los pies de Jesús con sus cabellos; la de María de Betania,

hermana de Lázaro; la de María de Magdala, curada por Jesús de los demonios que la poseían; y finalmente la de María Egipcíaca, la prostituta arrepentida (Duchet-Suchaux 1996: 265).

La categorización de la mujer que estos mitos cristianos implican no admite ningún tipo de fisuras o término medio, pues la mujer sólo podrá identificarse con uno de los modelos: bien con el modelo positivo de la virgen o esposa y madre, o bien con el modelo negativo de la prostituta o la transgresora.

Esta categorización ha producido consecuencias bien conocidas en el mundo occidental. La mujer que no es virgen o esposa viene tradicionalmente considerada como una prostituta, con la marginación que esto ocasiona a las mujeres cuya vida no se ajusta a ninguno de los dos modelos.

Para terminar este rápido vistazo en el mundo cristiano, podemos afirmar que estas definiciones de la mujer la sitúan siempre en relación con un varón, lo que apunta a un control masculino de la sexualidad femenina considerada insaciable y perversa en el pensamiento cristiano.

CULTURA GRIEGA

Como norma habitual, las atribuciones de la Grande Diosa Madre pasaron a manos de dioses del viento, del aire, o del trueno, como Enlil o Zeus, que adquirieron las formas y maneras de los reyes de cada territorio, mientras que las diosas absorbidas eran eliminadas o degradadas a ocupar puestos subsidiarios como esposas, hijas o madres (o todo a la vez) de antiguos dioses de la vegetación que, a lo mejor, habían sido previamente sus hijos, amantes y víctimas sacrificales.

Un ejemplo notable de esos procesos de degradación de la Diosa lo encontramos en Grecia, en el ascenso de Zeus desde simple deidad de la vegetación estacional a dios supremo del Olimpo.

Otra estrategia para lograr degradar y suplantarse a la Diosa fue convertirla en una potencia o ser maligno que, en ocasiones, según fuese el marco religioso dominante, se relacionó con las fuerzas infernales. Así se hizo, por ejemplo, con las terribles Gorgonas - con sus cabezas cubiertas por amenazadoras serpientes (el símbolo de la Diosa) a modo de cabellera, largo colmillo y ojos enormes - que no fueron sino diosas favorables en su origen. Esta transformación de diosa protectora en ente maléfico la encontramos también en las famosas y malvadas sirenas, que tentaban a los hombres para arrastrarlos hasta las profundidades del mar (ámbito ancestral de la diosa).

Obviamente es la mitología clásica la que da las primeras informaciones sobre las relaciones entre los dos sexos en la civilización griega. Y los mitos no hay que tomarlos como construcciones fantásticas, son más bien el intento de los hombres para dar un primer orden simbólico a su universo. Algunos entre ellos son tan primordiales que no se pueden fechar y suscitan apremiantes cuestiones sobre las posibilidades de que las mujeres hayan participado en su formulación. Los mitos se han desarrollado a partir de eventos reales que han sucedido y luego han sido cantados por los poetas de forma ordenada y estructurada.

Como ya hemos dicho, el pueblo griego ha sido uno de los que más ha influenciado la cultura occidental que tuvo su origen en la cuenca mediterránea gracias al encuentro de varias culturas. En Egipto, en Mesopotamia y en Persia, y en general en las culturas orientales, se elaboró un pensamiento profundo y a menudo fascinante sobre el divino, pero sólo en Grecia se fundó una teología, es decir, tuvieron la necesidad de justificar con procedimientos lógicos el conjunto de verdades religiosas. Todos los pueblos antiguos elaboraron leyes y códigos de comportamiento social e individual, pero solamente los griegos elaboraron una doctrina moral, presentando el problema de la relación entre el comportamiento del hombre y la existencia de principios superiores a las mismas leyes humanas.

Justo por estas (entre otras) características, en Grecia la sabiduría no fue considerada un patrimonio inmutable revelado a los hombres por una divinidad, más bien fue progresivamente libre y abierto a todos. En este desarrollo la literatura tuvo una función muy importante, no solamente porque se ocupó de problemas y de aspiraciones fundamentales del hombre, sino sobre todo porque – desde la investigación científica a la formulación de los mitos, desde la investigación histórica a la meditación filosófica – todo fue expresado en forma literaria.

En Grecia la literatura siempre fue un acto público: las óperas literarias, de hecho, siempre fueron destinadas a ser cantadas, leídas o recitadas en público (más o menos numeroso) del cual venían interpretados los ideales. Esta literatura tenía el deber de educar, dando nuevos estímulos.

La rica tradición mitológica – con sus cuentos, eventos, imágenes y sus símbolos – constituyó para la literatura griega una mina inagotable de historias y un medio fascinante y dramático para suscitar emociones, para despertar reflexiones y comparaciones sobre la naturaleza humana y para estimular la capacidad de interpretación.

Los griegos, de hecho, dieron mucha importancia a la tradición y expresaron esta importancia diciendo que “la Memoria es el arte de todos los artes” (Jean Pierre Vernant, 1965; 104 – 113). Para los griegos, el poeta componía por inspiración divina, presuponiendo de esta forma la presencia y la importancia de un continuo proceso creativo. La ópera literaria era entonces para los griegos el fruto de un perfecto equilibrio entre pasado y presente; entre tradición e innovación.

El mito no representa por el antiguo griego una forma expresiva fantástica, lejana o extraña a la realidad cotidiana. El cuento es más bien un evento que se cree haya ocurrido en los lejanos tiempos de los orígenes y que – a través de sus efectos y consecuencias – sigue actuando y produciendo sus efectos (Véase Robert Graves, 1967; vol 1, 18). El mito se transforma entonces en la fuente a la cual hay que acercarse para conocer las profundas e inexplicables raíces del alma del hombre.

Los mitos griegos en su origen son numerosos como numerosas son las tribus que componen el pueblo de los griegos y se corresponden, en general, a los cultos practicados por los distintos grupos étnicos y se presentan, al comienzo, como una teogonía (es decir como la narración de la generación de los dioses) de la cual luego desciende una cosmogonía (es decir la narración del nacimiento del mundo); tanto la teogonía como la cosmogonía contienen una enseñanza moral.

En *Mitologías*, Roland Barthes define el mito como un metalenguaje que conduce a la confusión entre historia y naturaleza, mediante el cual una ideología se asume como lo natural. Según esta teoría los mitos se encuentran al servicio de la ideología que se pretende establecer desde el poder, contribuyendo a transmitir y perpetuar sus

valores y sus actitudes (Véase Roland Barthes, *Mitologías*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1970 (1957)).

Este poder del mito como transmisor de ideologías ha sido revelado en numerosas ocasiones por la crítica feminista, que ve en él el último instrumento de la cultura patriarcal para imponer su ideología en la sociedad, algo que viene ocurriendo en el mundo occidental desde su formación. Paralelamente, el discurso feminista ha comenzado a tomar en consideración factores que han contribuido al silencio e invisibilidad histórica y social de la mujer

De todos modos, es obligatorio recordar que en los mitos del pasado se ha plasmado y construido la *forma mentis* de las generaciones futuras y más sofisticadas y, sobre todo, han fundado y mantenido el orden social.

Desde la Dea a Zeus

El más antiguo poeta griego, Homero, no habla ampliamente sobre la generación de divinidades que precedieron al dominio incontestable de Zeus en el Olimpo, así que para tener noticias de este pasaje tenemos que hacerlo con las obras de Hesíodo⁷.

Su concepción de las divinidades y de la humanidad dio la forma y se correspondía a la *vox populi*. Por eso se cree que su obra, *Teogonía*, fue comúnmente aceptada como la verdadera evolución de las divinidades. En ella Hesíodo expuso en detalles el pasaje de las divinidades donde predominaban los personajes femeninos, caracterizados por la naturalidad y la terrenal emotividad, hacia el reino superior y racional de Zeus Olímpico.

No está claro si tal evolución corresponde a un cambio histórico en la religión griega, desde el énfasis en la adoración a las divinidades femeninas al puesto en el culto a las divinidades masculinas, de alguna forma veremos comparaciones muy cercanas a lo que ya hemos podido considerar en los precedentes aparatos míticos - religiosos tratados. Con mucha probabilidad fue la misoginia uno de los factores que empujaron Hesíodo a dar un orden a las divinidades tenebrosas y malvadas y a sus monstruos descendientes en las primeras generaciones para que fueran derrotadas por la obra de salvación de Zeus.

Gea es la primera divinidad que reina sobre la tierra. Fundamentalmente sus hijos son deificaciones de las características del mundo físico, mientras entre sus nietos encontramos algunos de los más temidos monstruos de la mitología griega (Véase el mito de Gea en el Apéndice).

Urano su marido, y también su hijo, odiaba a todos sus hijos, por lo que los obligaba a vivir en las profundidades de su madre. Un día ella decidió liberarlos y les pidió que se vengaran de su padre, pero todos le temían demasiado. Sólo el menor, Cronos aceptó, pues lo odiaba mucho. Gea le entregó una hoz de acero a su hijo. Durante la noche, cuando Urano cubrió a Gea toda para unirse con ella, Cronos le cortó los testículos a su padre y los arrojó detrás de él. La sangre que brotaba de la herida fecundó a Gea y de ahí nacieron los Gigantes, las Herinias y las Ninfas de los Fresnos, además de todas las divinidades relacionadas con los árboles.

Mientras, Cronos reinaba en el mundo y se había vuelto un tirano terrible y había encerrado a sus hermanos en el Tártaro, por lo que Gea planeó una nueva venganza. Los hijos de Rea y Cronos habían sido devorados por su padre, pero cuando ella estaba en cinta de Zeus, pidió ayuda. Gea y Urano le revelaron el secreto de los

⁷ Hesíodo es un poeta posterior. Fue un poeta – agricultor rígido y severo que vivió en Beocia en el c. 700 a.C.

Destinos y le enseñaron cómo burlar a Cronos. Cuando el niño nace, Gea lo esconde en una caverna, al mismo tiempo que a Cronos le era entregada una piedra envuelta en mantillas, a la que devoró sin notar la diferencia.

Cuando Zeus estuvo mayor, terminó con todos estos derrocamientos del poder real conseguidos a través de conspiraciones entre mujeres e hijos y luchó abiertamente con Cronos y Gea le hizo saber que necesitaría la ayuda de los Titanes. Éstos al ser liberados por Zeus del Tártaro, le dieron el rayo, el trueno y el relámpago, armas con las que destronó a su padre.

Habiendo instituido una forma de gobierno patriarcal en el Olimpo, Zeus introduce un orden moral y cultural engendrando las Horas, las Moiras, las Musas y las Gracias. Pero niega el poder a las mujeres, obviando su único reconocimiento hacia ellas como portadoras de hijos, cuando da nacimiento a Ateneas a través de su cabeza y a Dionisio de su muslo.

El hecho de que Zeus haya subordinado el poder femenino al suyo elevó a filosofía común la desfavorable y personal opinión de Hesíodo sobre las mujeres.⁸

⁸ El pensamiento misógino de Hesíodo sobre las mujeres lo podemos encontrar en el cuento de la creación de la primera mujer: Pandora. Eligiendo el significado del nombre de Pandora como la que es 'recipiente de todos los dones' (en vez del otro significado que sería 'donadora de todos los presentes' -representada con un aspecto de benevolente fertilidad-) Hesíodo intenta responsabilizar a Pandora, como primera mujer, de todas las desgracias del género humano. Comparable a Eva, Pandora, tentadora, con su caja, puede representar simbólicamente el conocimiento carnal de las mujeres que fue la causa de todos los males de los hombres.

Los habitantes del Olimpo

Con la derrota del padre por mano de Zeus el poder se traspasa a las divinidades del Olimpo. Esta familia antropomórfica incluía cinco importantes diosas: Atenea, Artemisa, Hestia, Afrodita y Hera⁹.

Atenea¹⁰

Es la más compleja de las diosas. Sus actividades se encuentran mejor documentadas que las de las otras diosas, y juegan un importante papel en las obras de Homero, en arte, en la literatura y en la literatura de la ciudad cuyo nombre es derivación del de la diosa, ciudad que poseyó el más rico legado de Grecia.

Atenea es una mujer masculina; en cierto modo podría ser etiquetada como andrógina. Es mujer en apariencia, asociada a las labores femeninas y a la fertilidad del olivo, pero muchos de sus atributos están tradicionalmente asociados a los hombres.

Es la diosa de la sabiduría¹¹, considerada una cualidad masculina por los griegos.

Es también una diosa guerrera¹², protectora de la ciudad, armada con escudo, lanza y casco. Por ello es la patrona de gran número de guerreros y héroes mortales.

Algunas veces se viste como un hombre para facilitar los contactos personales con sus favoritos¹³.

Atenea es el arquetipo de la mujer masculina que siempre tiene éxito en lo que es esencialmente el mundo del hombre, pero a costa de negar su propia feminidad y sexualidad.

⁹ En muchos aspectos estas mujeres inmortales se parecían a sus contrapartidas humana, excepto, por supuesto, en que las divinidades no envejecían ni morían. Tanto la literatura como las artes plásticas mostraban que la diosas eran claramente diferentes unas de otras en sus funciones, apariencia, personalidad y en sus relaciones con los hombres, mortales e inmortales.

¹⁰ La Minerva romana

¹¹ Su animal favorito era la lechuza, debido a que es un símbolo de sabiduría y razón.

¹² Esta diosa se caracteriza por ser guerrera. Mató a los gigantes Palante y Encélado. Siempre apoyó a los aqueos, en oposición a los troyanos, ya que uno de ellos Paris, quien se había negado a considerarla la diosa más hermosa, había elegido a Afrodita.

¹³ Así se apareció a Ulises y sus aliados: “Atenea, hija de Zeus, vino hacia ellos, haciéndolo bajo la apariencia de Mentor, en aspecto y voz. Al verla Ulises se alegró y le dio la bienvenida, diciendo: “Mentor, defiéndeme, recuerda a tu querido amigo que tanto hizo por ti. Ambos éramos muchachos entonces”. Estas fueron sus palabras, pero él sospechaba que se estaba dirigiendo a la diosa guerrera Atenea.” (Homero, *La Odisea*, 22.205 – 210)

Así Atenea es virgen, y lo que es más, una virgen nacida no de una mujer sino de un hombre. Cuando su madre Metis estaba embarazada de ella, Zeus se la tragó, y a su debido tiempo le pide a Hefesto (el divino cojo, dios del fuego) que le abra la cabeza, de donde nació la joven Atenea, ungida diosa de la sabiduría, total y perfectamente armada¹⁴ y profiriendo su grito de guerra.

Porque nació de un hombre, Atenea puede afirmar que el padre es el verdadero progenitor de cualquier criatura.

Esta creencia se queda reforzada por el nacimiento de Afrodita¹⁵, quien, según Hesíodo, nació de la espuma del mar procedente de los genitales castrados del dios del cielo Urano.

En este antagonismo hombre – mujer, relatado en lenguaje épico y trágico, Atenea siempre toma partido por el macho, aunque se insinúe que fue ella la que motivó la virtud de Penélope.

Como protectora de la industria ateniense, Atenea preside las artes y los oficios, compartiendo su mando con su medio-hermano Héfestos. En esta esfera, que comprende más bien el conocimiento práctico que el pensamiento abstracto, ella puede relacionarse tanto con los hombres como con mujeres.

Atenea no se relacionó con hombre o dios conocido, y se mantuvo virgen. Sin embargo, tuvo un hijo, lo que ocurrió de la siguiente forma. La diosa visitó a Hefesto, para procurarse armas. Hefesto estaba despechado porque Afrodita lo había abandonado por Ares, y cuando vio a Atenea se enamoró de ella y quiso hacerla suya. La diosa huyó, sin embargo Hefesto le dio alcance y la cogió en sus brazos. Atenea se resistió y no permitió que él la poseyera, pero el dios con un deseo y una pasión incontrolables, mojó la pierna de Atenea con su semen. Ella asqueada se limpió y tiró la toalla al suelo. La tierra fecundada dio a luz a Erictonio a quien Atenea crió y educó como su propio y único hijo.

¹⁴ Sus atributos más conocidos son la lanza, el casco y la égida. Su escudo llevaba empotrada la cabeza de Medusa, la Gorgona; que tornaba en piedra todo lo que mirara.

¹⁵ La Venus Romana.

Artemisa¹⁶

Según algunas tradiciones, es hija de Demeter (diosa de la fertilidad); sin embargo es más común que se considere hermana gemela de Apolo (dios del arte y de la adivinación), y por lo tanto hija de Leto y Zeus.

En contraste con la sociable Atenea es una cazadora diestra con el arco, prefiere emplear su tiempo en la montaña y en los bosques, junto a los animales salvajes, lejos de la compañía de hombres y dioses.¹⁷

Las amazonas veneraban a Artemisa y se parecían a ella. Tanto la diosa como las Amazonas llevaban cortas túnicas, eran arqueras y evitaban la compañía de los hombres. Una excepción al principio de Artemisa de esquivar a los hombres mortales fue el caso de Hipólito, hijo de la Amazona Hipólita. Hipólito fue un devoto de Artemisa, no solo por la influencia de su madre sino especialmente porque la castidad no se encontraba normalmente entre las divinidades masculinas¹⁸. Así un joven como Hipólito, que valoraba la castidad, estaba forzado a venerar esta cualidad en una divinidad hembra.

En sus relaciones con los humanos, Artemisa, tiene que ver de forma principal con las mujeres¹⁹, especialmente en los aspectos físicos de sus ciclos vitales, incluyendo la menstruación crianza de los niños y muerte²⁰.

La Artemisa de la Grecia clásica probablemente evolucionó a partir de una diosa madre primitiva, y tanto ella como su hermana Atenea fueron consideradas vírgenes porque nunca se sometieron a un matrimonio monógamo. Más bien, como conviene a una diosa madre, disfrutaron de muchos consortes. Su rechazo del matrimonio, sin embargo, fue mal interpretado como virginidad por generaciones sucesivas de hombres que relacionaban la pérdida de la virginidad sólo con el matrimonio convencional.

Por otra parte, como diosa madre o como virgen, Artemisa era dueña del control de sí misma; su falta de una conexión permanente con un hombre a través de una relación monógama es la piedra clave de su independencia.

¹⁶ Esta diosa equivale en Roma a Diana, la Cazadora.

¹⁷ Atalanta y las Amazonas son contrafiguras mortales de Artemisa. Atalanta estuvo expuesta a morir cuando niña porque su padre deseaba un hijo, y fue criada en los bosques por una osa. Fue una cazadora que se unió a los hombres en expediciones legendarias y que utilizó diversos ardidés para evitar el casarse aunque finalmente se rindió a un pretendiente que era ayudado por Afrodita.

¹⁸ Para los griegos la castidad era una virtud pero sólo en las mujeres.

¹⁹ Artemisa se mantuvo eternamente virgen y joven, por lo que siempre fue un emblema de las doncellas jóvenes.

²⁰ Por muy contradictorio que pueda parecer el asociar todo ello con una virgen (esto es mencionado también como la razón del fin de la vida de una mujer; cuando la muerte le llega de repente a una mujer, se solía decir que había sido tocada por Artemisa)

Se ha identificado a la diosa con la luna errante por las montañas, paralelamente a su hermano que era la personificación del sol. Sin embargo, no todos los cultos o mitos referentes a Artemisa son selenes (lunares), pues en el panteón helénico era clasificada como la diosa de las bestias, e incluso ha sido objeto de cultos que incluían el sacrificio humano, como el de Táuride.

Su culto se expandió por todas las regiones montañosas de Grecia como Arcadia, el territorio espartano, el monte Taigeto, Élide y Laconia entre otras. Su mayor templo se encontraba en Éfeso, donde la cazadora había asimilado a la diosa de la fecundidad asiática.

Hestia²¹

La tercera diosa virginal del Olimpo es Hestia, hermana de Zeus. Fue:

“Una reina cortejada por Poseidón y por Apolo. Pero siempre se mostró reacia al matrimonio y lo rehusó tenazmente. Tocando la cabeza de Zeus ella, la Diosa resplandeciente, pronunció solemnemente juramento que, ciertamente ha sido considerado como promesa de que, deseaba ser virgen por siempre. Zeus le concedió un alto honor en vez del matrimonio, y conserva siempre un sitio en el centro más suntuoso y rico del hogar. En todos los templos de los dioses tiene un lugar de honor, y entre los mortales conserva un lugar preferente entre las diosas” (Himno Homérico 5: «A Afrodita»).

Hay un cierto mito en relación con Hestia, pues fue el arquetipo de la solterona, prefiriendo la paz del corazón a los tumultuosos banquetes y los enredos amorosos de los otros habitantes del Olimpo.

Además, a menudo es presentada, en las artes plásticas, en vez de una concepción antropomórfica, como una llama viviente.

²¹

Vesta para los romanos

Afrodita²²

La cuarta e importante diosa Afrodita, representaba la belleza física, el amor sensual y la fertilidad. De acuerdo con Hesíodo, ella, como Atenea, nació de un hombre, no de una mujer²³. Su origen, los órganos sexuales y el mar, coloca la figura de Afrodita como un símbolo de fertilidad. El nacimiento ocurre en el momento que Cronos (dios del tiempo) corta los genitales de su padre Urano y los lanza al mar, de donde surge Afrodita. De ahí que se le conozca como 'la diosa nacida de las olas' o 'nacida del semen de dios'. Una vez que salió del mar, Afrodita fue llevada por los vientos Céfiros, primero a Citera y luego a Chipre, donde las Horas la vistieron y la guiaron a la morada de los Inmortales.²⁴

Buena parte de la seducción de Afrodita se basa en su carácter frívolo y engañoso²⁵, lo que constituye la esencia del atractivo sexual en las mujeres²⁶.

Ella la diosa más bella, se casó con el más feo de los inmortales, el cojo Hefesto. Posiblemente esta desafortunada unión le dio a ella una excusa para su infidelidad marital. De todas las diosas solamente Afrodita fue adúltera, una indiscreción considerada escasamente censurable en una diosa del amor que está consagrada a las prostitutas.

Pero, la diosa fue especialmente conocida por sus maldiciones e iras, pues cuando alguien caía en la desgracia de ofender a la diosa, se condenaba a tormentos terribles. Por ejemplo, castigó a la Aurora con un amor irrefrenable por Orión, ya que había cedido a las seducciones de Ares. También castigó a todas las mujeres de Lemnos, ya que éstas no la honraban, y las impregnó con un olor insoportable que

²² Venus para los romanos. Eneas viajó a una tierra desconocida donde sus descendientes Rómulo y Remo fundarían Roma. Así es como para lo romanos Afrodita, Venus para ellos, fuera su protectora particular y por eso César le levantó un templo bajo la invocación de Venus Madre.

²³ Según una tradición es hija de Urano y según otra de Zeus y Dione.

²⁴ Posteriormente, Platón imaginó que había una Afrodita Urania, la diosa del amor puro e hija de Urano que representaba el amor intelectual no físico; y Afrodita Pandemos, hija Zeus y de Dione y diosa del amor común y vulgar (El amor vulgar podía ser heterosexual u homosexual, pero el amor intelectual sólo podía darse en una relación entre dos hombres). Esta es una concepción filosófica tardía y la dicotomía entre estas dos clases de amor pervivió a través del Neoplatonismo del Renacimiento hasta el presente. Al final del Renacimiento, el concepto del amor intelectual acabó aplicándose también a las relaciones heterosexuales.

²⁵ Afrodita es participe de un sinnúmero de leyendas. Primero, se casó con Hefesto (el divino cojo y dios del Fuego), pero estaba enamorada de Ares (dios de la Guerra). Cuenta Homero (escritor de La Odisea y La Iliada) que mientras los enamorados se entregaban a la pasión en una madrugada, en el lecho de Afrodita, Hefesto celoso les había puesto una trampa, pues el Sol le había contado que su amada le estaba siendo infiel. Cuando los amantes se dieron cuenta ya estaban atrapados en una red mágica que tenía el esposo de la bella diosa, y éste fue a llamar a todos los dioses para que fueran testigos del engaño. Todos se burlaron del asunto, pero Poseidón (dios del Mar) pidió clemencia y por eso Afrodita y Ares fueron liberados. La diosa avergonzada huyó a Chipre, mientras que Ares se fue a Tracia. Sin embargo, sus amores tuvieron fruto y de tal unión nacieron Eros (dios del amor) y Anteros, Deimo y Fobos (el Terror y el Temor) y Harmonía.

²⁶ Estos atributos se encuentran también en Pandora y en Helena, ambas favoritas de Afrodita.

provocó que sus hombres las abandonaran. De igual manera castigó a las hijas de Cíniras y las obligó a prostituirse con extranjeros.

Por otra parte, caer en su gracia era igual o más peligroso. Cuando la Discordia lanzó una manzana a la más hermosa de las diosas, e hizo que compitieran Afrodita, Palas Atenea y Hera, y Zeus decidió que fuera Alejandro (Paris, héroe troyano) el que definiera quién era la más hermosa, cada una le ofreció un regalo a cambio de que la escogiera. Palas Atenea le ofreció hacerlo invencible en la guerra, Hera le prometió el reino del universo, y Afrodita la mano de Helena (hija de Zeus y hermana de los Dioscuros), quien era la mujer más hermosa del mundo. Paris eligió a Afrodita y fue por esta promesa que se inició la famosa Guerra de Troya. Afrodita agradecida a Paris, lo protegió durante toda la campaña así como a los demás aqueos, incluyendo a su hijo Eneas, a quien logró salvar de la muerte. Aunque Troya iba a perder la guerra definitivamente, Afrodita logró rescatar la raza de los aqueos con su hijo Eneas.

Hera²⁷

La reina de los dioses, Hera, es una mujer madura, casada con su hermano Zeus. Eran dioses de la fertilidad.

Zeus como tal divinidad ejercía la prerrogativa patriarcal de las relaciones promiscuas y engendró numerosos descendientes.

Hera²⁸ solo tuvo cuatro hijos.

Las hijas de Hera fueron la incolora Hebe (escanciadora de los dioses) e Ilitia (diosa de los nacimientos). Sus hijos fueron más interesantes, aunque notoriamente faltos de cualidades celestiales: Ares²⁹ y Hefesto³⁰.

La dominación de Zeus sobre Hera, como sobre el resto de las divinidades, es una amenaza constante. Hera, en cuanto a hermana de su marido, es su igual, y nunca fue totalmente subyugada. Muy lejos de la impotencia, Zeus es frecuentemente afectado y decepcionado por hembras como Afrodita y Tetis, y sobre todo por Hera.

Hera además de perseguir a su hijo, es también una perversa madrastra. Es continuamente hostil a las amantes de su marido – a menudo jóvenes y vírgenes – y a su prole. Sus víctimas incluyen a Hércules, Dionisio, Ió, Calisto y Leto.

Los mitos describen el matrimonio de Hera como una especie de guerra permanente, con breves intermedios en la cama, pero en el culto, Hera figuraba como guardiana de los matrimonios humanos.

²⁷ La Juno romana

²⁸ Aunque sea más fértil que las otras diosas de la fertilidad de su generación: Demeter y Afrodita.

²⁹ Estúpido y sanguinario, un dios de la guerra que realmente disfrutaba con el derramamiento de la sangre, muy distinto a la diosa de la guerra Atenea, mucho más civilizada. Este Ares es el producto de Zeus y Hera, emblema de la belicosa naturaleza de tal unión.

³⁰ Según Hesíodo, cuando Zeus dio nacimiento a Atenea, haciéndola surgir de su propia cabeza, Hera, por celos, engendró partenogenéticamente a Hefesto. Lo patético de su rebelión se demuestra por el hecho de que Hefestos es un bufón y el único lisiado de todos los Olímpicos (Hesíodo, *Teogonía*, 929 – 32). Homero, por otra parte, relata que Zeus arrojó del cielo a Hefestos porque este tomó el partido de su madre en su disputa con Hera; o bien, inconsecuentemente, que Hera había expulsado a su hijo porque tenía vergüenza de su deformidad (Homero, *La Iliada*, 1.590 – 94; 18.394 - 99)

Arquetipos ayer, arquetipos hoy

Las diosas del Olimpo nunca tuvieron, según los mitos, sino muy estrechas y restringidas funciones, y eso, a pesar de la gran importancia que sus cultos tenían en las ciudades griegas. Por el contrario, los dioses disfrutaban de un amplio abanico de actividades. Así, Zeus y Apolo eran ejemplos de deidades masculinas con funciones de gobernantes, intelectuales, jueces, guerreros, padres y partícipes sexuales tanto en relaciones homosexuales como heterosexuales.

Estos dioses se podían entregar a cualquiera de las actividades propias de los mortales.

Entre los dioses no había ninguno que fuera virgen, y la promiscuidad sexual, incluyendo la violación, nunca fue motivo de censura, ni siquiera entre los que estaban casados.

En contraste, tres de las cinco diosas del Olimpo eran vírgenes. Atenea es guerrera, juez y depositaria de la sabiduría, pero está masculinizada y reniega de toda actividad sexual y de la maternidad.

Artemisa es guerrera y cazadora, pero también virgen.

Hestia es respetada como una solterona.

A las diosas no virginales no les va mejor:

Afrodita es puro amor sexual, llevado a cabo con una especial irresponsabilidad.

Hera es esposa, madre y reina poderosa, pero debe permanecer fiel y sufre la promiscuidad de su marido.

Las diosas son imágenes arquetípicas de hembras humanas, tales como las ven los hombres. La distribución de características deseables entre un número de mujeres, más bien que su concentración en un solo, es apropiada a una sociedad patriarcal. El dicho de Demóstenes, en el siglo IV a. de C., expresa el ideal entre los mortales: “Tenemos hetairas para nuestro placer, concubinas para servirnos y esposas para el cuidado de nuestra descendencia (Demóstenes, 59, 118 – 22).

En realidad en ninguna era pudo un hombre, sin ser rico y poderoso, lograr verse rodeado de varias mujeres, representando cada una de ellas un papel diferente en su vida.

No obstante el modelo del Olimpo sobrevivió como un ideal.

Una mujer totalmente realizada tiende a engendrar ansiedad en el macho inseguro. Incapaz de poder con una multiplicidad de poderes condensados en una sola mujer, el hombre, desde la antigüedad al presente, ha visto a la mujer sólo en uno u otro papel.

Como corolario a esta ansiedad, las mujeres vírgenes eran consideradas útiles y beneficiosas, mientras que a las sexualmente maduras como Hera se las juzgaba destructivas y dañosas.

El hecho de que la mujer moderna se encuentre frustrada al verse compelida a elegir entre ser una Atenea – una intelectual asexuada – una Afrodita – un frívolo objeto sexual – o una responsable esposa y madre como Hera, muestra que las diosas griegas fueron arquetipos de la existencia femenina³¹.

Si las características de las diosas principales hubieran sido combinadas, podría haber surgido un ser completo con un ilimitado potencial de desarrollo, es decir, una mujer equivalente a Zeus o a Apolo.

³¹ A pesar de sus funciones especializadas, las diosas eran muy activas en un amplio abanico de asuntos humanos. Pero la actuación de las diosas no se refleja en el campo de acción femenino, por lo menos en los tiempos históricos. Excepto para las que quedaban fuera de los límites de la respetabilidad, las vidas de las mujeres mortales se reducían a sus deberes domésticos.

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

- Giulio De Martino, Martina Bruzzese, *Las Filósofas*, Valencia, Ed. Catedra, 1996
- Lidia Storoni Mazzolani, *Scritti sul mondo antico*, Firenze, Ed. Le lettere, 1997
- Lara Peinado F., *La civilización Sumeria*, Madrid, Historia 16, 1989
- Schulz R., Seidel M., *Egipto, el mundo de los faraos*, Colonia, Ed. Könemann, 1997
- María Gimbutas, *Diosas y dioses de la vieja Europa 7000 – 3500*, Madrid, Ed. Istmo, 1991
- María Gimbutas, *El lenguaje de la Diosa*, Oviedo, Ed. Dove, 1996
- Carmen Alboroch, *Malas*, Madrid, Ed. Aguilar, 2002
- Anderson e Zinsser, *Le donne in Europa. 1. Nei campi e nelle chiese*. Roma – Bari, Ed. Laterza, 1992
- Friedrich Nietzsche, *El origen de la tragedia*, Madrid, Ed. Alianza, 1995
- Sigmund Freud, *Totem y Tabú*, y otras obras (1913-1914), Buenos Aires/Madrid, Ed. Amorrortu, 1980
- J. D. Fernández Gómez; *Lo apolineo y lo dionisiaco: la última dicotomía*, Humanística N° 12
- K. Armstrong, *The gospel According to Women*, Glasgow: Fount, Ed HarperCollins, 1996
- Michel Foucault, *The History of teh Sexuality. Volume I:An introduction*, Londres, ed. Vintage, 1990 (1978)
- Marina Warner, *Tú sola entre las mujeres. El mito y el culto de la Virgen María*, Madrid, Ed. Taurus, 1991 (1976)
- Duchet-Suchaux, G. & Pastourreau, *Guía iconográfica de la Biblia y los santos*, Madrid, Ed. Alianza, 1996 (1990)

- M. K. Martín, B. Voorhies, *La mujer: un enfoque antropológico*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1978
- Ida Magli, *De la dignidad de la mujer. La violencia contra las mujeres, el pensamiento de Wojtyła*,. Barcelona Ed. Icaria Antrazyt, 1993
- G. Lerner, *The creation of Patriarchy*, Oxford, Ed. Oxford University Press, 1987 (1986)
- Roland Barthes, *Mitologías*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1970 (1957)
- Jean Pierre Vernant, *Mito y pensamiento en la Grecia antiguas*, Barcelona Ed. Ariel, 1973
- Robert Graves, *Los mitos griegos*, Barcelona, Ed. Ariel, 2005.